

II Domingo Pascua

Hechos de los apóstoles 2, 42-47; 1 Pedro 1, 3-9; Juan 20, 19-31

**«Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado,
así también os envío yo»**

1 Mayo 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«Porque me has visto, Tomás, has creído. Dichosos los que crean sin haber visto»

Mirando a Dios y su misericordia empezamos a comprender quiénes somos. Pero muchas veces vivimos sin conocer ni aceptar lo que se esconde en nuestro interior: «*Si sólo conozco mi identidad fuerte y competente y nunca acepto mi identidad débil e insegura, estoy obligado a vivir una mentira. Debo fingir que soy fuerte y capaz, no simplemente que tengo facetas fuertes y capaces o que en determinadas circunstancias puedo ser fuerte y capaz*»¹. Claro que somos nuestros éxitos y fortalezas, nuestras victorias y triunfos, pero también somos el alma herida que sufre casi sin darse cuenta al chocar con la realidad. Somos esa debilidad que nos aterra y esos miedos que se esconden en el alma. No nos aceptamos ni tenemos misericordia con nuestra pobreza. Por eso nos sorprenden a veces nuestras reacciones. Así nos sorprende Tomás que se violenta interiormente al ver que no ha estado presente cuando era tan importante su presencia. Tomás se siente herido y se niega a creer. Le duele esa falta de amor de Cristo que se ha aparecido a los discípulos, justo cuando él no estaba. Al experimentar la falta de amor se repliega y se esconde. Pero Dios sí es misericordioso. Bajo su mirada vivimos. Pero necesitamos aceptarnos en nuestra herida y ser misericordiosos con nosotros mismos. Dicen que ante un camino lleno de piedras tenemos dos opciones, alfombrar las piedras o ponernos botas. La realidad no la podemos cambiar, pero sí podemos cambiar nuestra forma de reaccionar ante ella: «*Si lo que buscamos es paz interior, tratemos de cambiar nosotros y no a las cosas, y menos aún a los demás. Sí, es más acertado ponernos las zapatillas que alfombrar el camino. Cuando surge el caos a nuestro alrededor, debemos tratar de poner orden y limpieza en lo que tenemos más cerca*»². Es ésta la paz que anhela el corazón. **La paz que no siempre vive en el alma porque nuestra herida nos hace vivir inquietos, buscando consuelos, reclamando amor.**

Los discípulos estaban encerrados porque tenían miedo y no eran capaces de enfrentar su propia vida. Es el miedo de aquellos que todavía no comprenden lo que está ocurriendo. Las puertas cerradas simbolizan las puertas de sus corazones cerrados. No creían, no acababan de comprender y temían por sus propias vidas. Es muy normal que ante la amenaza nos refugiamos en nuestro interior llenos de miedo. Las agresiones del mundo nos hacen huir. La propia debilidad y vulnerabilidad nos asusta. El miedo cierra las puertas. Así suele ser en nuestra vida. Cuando nos sentimos amenazados, cuando experimentamos el rechazo, cuando pensamos que podemos perder algo de lo que tenemos, todo lo que hemos conseguido y nos da seguridad, aquello que da sentido a nuestra vida, tenemos miedo y cerramos las puertas. El miedo nos bloquea y bloquea la entrada a nuestra vida. Pero el mensaje de hoy es fuerte y claro: **Cristo puede pasar a través de las puertas cerradas**, aunque hagamos todo lo posible para que no entre. Así lo explica S. Agustín: «*Las puertas cerradas no podían impedir el paso a un cuerpo en quien*

¹ David G. Benner, “El don de ser tú mismo”, 61

² Raúl de la Rosa, “El ermitaño que veía películas de Hollywood”, 98

habitaba la Divinidad, y así pudo penetrar las puertas el que al nacer dejó Inmaculada a su Madre. Así como dejó a su Madre intacta cuando vino a la vida, nos deja a nosotros intactos cuando penetra nuestro corazón. No violenta nuestra vida, no presiona, simplemente entra y se instala en nuestra verdad. Él atraviesa todos los obstáculos que pongamos en el camino. No necesita que lo invitemos a entrar o pidamos que derribe los muros. Él vence de forma milagrosa allí donde pensábamos que estábamos protegidos. No respeta nuestro miedo. Aunque construyamos muros seguros, **auténticas fortalezas, Cristo puede pasar a través de ellas y ver lo que ocultamos.**

Hace poco me decía una persona: «*Yo hago un montón de cosas que en algún momento me habrían hecho sentirme satisfecha, y aún así me siento mal, como siempre, y ni siquiera sé por qué lo hago, ni qué amo, ni qué me mueve*». No encontraba paz haciendo muchas cosas buenas, necesarias o constructivas. No encontraba la paz siendo fiel a lo que parecía pedirle Dios cada mañana, ¿entonces? ¿Dónde encontramos la paz soñada? Los discípulos vivían sin paz llenos de miedos y temores. Se escondían en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Por eso caminaban con miedo. No habían confiado totalmente en Dios. Se sentían débiles y pensaban que sólo escondidos podrían sobrevivir. Tapaban su debilidad y escondían sus miserias. Negaban su pasado sin darse cuenta. Dice el P. Kentenich: «*El camino de la aceptación de la flaqueza es un camino difícil, porque no se quiere dejar sitio a la debilidad; y a la vez fácil, porque es el camino del abandono*»³. Sólo abandonándose podían dar un paso al frente y confiar. Sólo afirmando nuestras debilidades estamos en condiciones de recibir la paz verdadera: «*La autoaceptación no aumenta la fuerza de los aspectos que en última instancia tienen que ser eliminados, sino que más bien los debilita. Y es así porque les roba la fuerza que desarrollan cuando actúan más allá del conocimiento. Es lo que evitamos lo que más nos tira*»⁴. Hoy queremos presentarnos ante Dios con nuestras miserias, con las heridas abiertas, con nuestras debilidades reconocidas y aceptadas con el corazón. Hoy nos mostramos como somos y la mirada de Dios nos pacifica. Si nos escondemos detrás de los muros, no estaremos en paz y viviremos una mentira. **Si nos dejamos tocar por su misericordia en nuestra verdad todo cambia.**

Este domingo celebramos el día de la madre. El mismo día en que damos inicio al mes de María. Miramos a María y dejamos que Ella nos abra el corazón y nos haga dóciles a su fuerza transformadora. Ella puede doblegar nuestras resistencias y dar a luz a Cristo en nosotros. Hoy recordamos a todas las madres. Ponemos sobre el altar a nuestras madres. Con su entrega silenciosa y cercana nos han cuidado y nos han acercado al corazón de María, al corazón de Dios. En nuestras madres agradecemos a María que nos cuida siempre. En este espíritu de agradecimiento queremos repetir en nuestro corazón la oración que el P. Kentenich nos dejó en su libro de oraciones «Hacia el Padre». Una oración de acción de gracias dirigida a María: «*Gracias por todo, Madre, todo te lo agradezco de corazón, y quiero atarme a Ti con un amor entrañable. ¡Qué hubiese sido de nosotros sin Ti, sin tu cuidado maternal!*» María es la Madre que nos espera siempre con los brazos abiertos y el corazón dispuesto a acogernos. Ella es nuestra Reina, en Ella confiamos todas nuestras preocupaciones y miedos. Queremos, en este mes de mayo, que Ella sea la Reina con poder sobre nuestra vida. La reconocemos en su grandeza y le pedimos que venza todos nuestros miedos. Ella quiere educarnos como nuestra Madre. Quiere hacernos de nuevo en este tiempo pascual. Hoy la miramos como sus hijos, confiados y alegres. **Hoy le pedimos que reine en nuestras vidas y se haga fuerte en nuestras debilidades.**

Pero antes de tocar nuestras heridas, vemos cómo Cristo hoy nos muestra sus propias heridas: «*Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de*

³ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, H. King, 37

⁴ David G. Benner, “El don de ser tú mismo”, 66

alegría al ver al Señor». La alegría surge al ver el corazón herido de Cristo. Es la alegría de aquel que ha identificado al amado porque tiene el corazón partido. Las heridas, y no sus milagros, son el signo de identidad de Jesús. Las heridas humillantes, el desprecio y la injusticia, los clavos, los latigazos y salivazos, las burlas de los hombres contenidas en unas pocas heridas. Sus llagas son la presencia del mal que reina en el mundo. El signo más elocuente de hasta dónde puede llegar el odio humano. El odio que divide. Su carne castigada, su amor entregado. Al ver su herida se despierta nuestra compasión y perdemos el miedo. Dejamos de tener vergüenza de nuestras heridas. Entendemos que un Dios herido no es amenazante. Las personas heridas no suponen ninguna amenaza para nuestra seguridad. Son las personas orgullosas y engreídas las que nos ponen inseguros. La soberbia de los otros nos encierra más en nuestros miedos. La humildad de las personas nos hace abrirnos y ser capaces de mostrarnos tal y como somos. Lo mismo ocurre cuando nosotros pretendemos ser perfectos y sin mancha ante los demás. En lugar de acercarlos los alejamos con nuestra aparente perfección. **Los alejamos y llegamos a ser un obstáculo en sus vidas, un ideal inalcanzable que por ello puede ser frustrante.**

Este fin de semana beatifican a Juan Pablo II en Roma. Nadie duda de la santidad de este hombre que dio la vida por la Iglesia, gota a gota, en una enfermedad larga y difícil, dirigiendo a la Iglesia según los planes de Dios. Ha quedado grabada en nuestras retinas la imagen de un hombre herido, un hombre postrado que casi no podía hablar, un hombre humilde y sencillo que, siguiendo a Cristo, no quiso en ningún momento bajarse de la cruz. A todos los que hemos crecido en la fe a su lado nos commueve pensar en este día, en el sí de la Iglesia a la realidad de su vida santa y digna de ser imitada. Dicen que después de una de las últimas intervenciones quirúrgicas, al despertar, como consecuencia de una traqueotomía que le habían practicado, no podía hablar. Pidió papel y escribió. Manifestó al principio sus emociones y su impotencia por no poder hablar. Quería explicaciones. Pero poco a poco, su corazón se fue calmando. Entonces escribió: «*Como María, digo sí, hágase su voluntad*». Su humildad, su cuerpo herido como el de Cristo, la conciencia de ser imagen de Cristo para el mundo, viven en nuestros corazones. En su humanidad herida se transparentaba la fuerza del amor de Dios, la luz de la paz de Cristo, mucho más que en sus maravillosas palabras cuando podía hablar con claridad. Sus palabras: «*No tengáis miedo*» cobran mayor fuerza al ver su cuerpo tan roto, tan herido. Él no tenía miedo a la vida. Lo dio todo y ganó su vida para Dios. Sus heridas, como la de Cristo resucitado, despiertan hoy nuestra alegría. Sus heridas, las del Santo Padre, las de Cristo, nos recuerdan nuestras propias heridas. Nos hacen sentir en paz y tranquilos a su lado. **Nos recuerdan que a través de las llagas llega la vida, a través del costado abierto se vierte la paz sobre todo hombre.**

Pero volvemos hoy a los miedos y a las dudas de Tomás, que siente que no ha estado en el lugar adecuado en momento correcto y por eso le duele tanto el alma. Algo lo retuvo lejos de la casa. Justo cuando Jesús apareció entre ellos él no estaba y no se perdonaba no haber estado: «*Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús*». La dificultad para aceptar la realidad hace que nada calme su pena cuando los demás le cuentan entusiasmado lo que ha ocurrido: «*Y los otros discípulos le decían: - Hemos visto al Señor*». Nada parece alegrar su corazón y la tristeza hace que la fe se debilite: «*Pero él les contestó: - Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo*». Tomás se convierte entonces en el símbolo de los que pierden la fe, de los que dejan de creer cuando las circunstancias son adversas y no acompañan. Es símbolo de aquellos que no son capaces de perdonar sus errores y una y otra vez se compadecen sin encontrar consuelo. Su tristeza y falta de misericordia debilitan su fe. Es símbolo de los que se alejan de la comunidad y no se dejan ayudar a recorrer el camino. Expresa el dolor de los que no son capaces de entender la vida como un camino que da muchas vueltas, con subidas y

bajadas, con soledades y amores. No se perdona, no acepta la realidad y **no tiene la humildad suficiente para alegrarse de que Cristo esté vivo y les haya dado su paz. No se alegra con sus hermanos y se cierra en su orgullo herido. Su fe es débil.**

Hoy Cristo se aparece y regala su paz a los discípulos. Es la paz que surge en el interior y que no podemos encontrar fuera de nosotros. Una paz que entrega hasta en tres ocasiones. Primero a los diez, estando ausente Tomás: «*Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesucristo, se puso en medio y les dijo: -Paz a vosotros.*». Repite luego Jesucristo la entrega de su paz, una paz renovada en la gracia de la Resurrección. Y junto con la paz los envía: «*Jesucristo repitió: -Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.*». Es la misma paz que va a entregar de nuevo cuando se aparece estando ya Tomás presente: «*A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesucristo, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: -Paz a vosotros.*». Tres fueron las negaciones de Pedro. Tres veces se postró ante el Señor para decirle que le amaba. Tres veces nos deja hoy la paz para que la paz nos pacifique y nos cambie el corazón endurecido. Es la paz verdadera que anhela el corazón y que no siempre poseemos. Quisiéramos tener la paz para enfrentar la vida, para vencer los miedos, pero nos falta, andamos inquietos. Nos da miedo tocar las heridas y ver la dureza de la vida. Deseamos esa paz que da sentido al dolor, cuando casi no somos capaces de tocarlo con nuestras propias manos. Tomás pudo al fin tocar las heridas: «*Luego dijo a Tomás: -Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.*». Hizo el mismo gesto que los demás discípulos, tocó las heridas abiertas de Cristo. En ellas tocó sus propias heridas. Más aún, las besó con toda el alma. En esas heridas besó las heridas de tantos hombres que sufren, de tantos corazones rotos, de tantas vidas destrozadas. Besó las heridas que nadie besa, porque cuesta amar las heridas, besar la debilidad y querer lo que el corazón rechaza. Cuesta besar lo que nos duele. **Cuesta aceptar la cruz y abrazarla con amor.**

Pero no todo acaba con la paz recibida. Vivir el abandono, vivir en la verdad, significa dar un salto y romper las puertas para salir al mundo. Es el paso para ser enviados. El Hno. Roger de Taizé lo expresa así: «*Si confías, aún en la noche y la ambigüedad que puede envolver tu decisión, serás consumido por el fuego del espíritu de Dios, y más tarde entenderás. Quien vive arriesgadamente a causa de Cristo jamás se equivoca y sabe que sólo quien pierde la vida, por Él la gana. Y un día, con toda certeza, comprenderás el sentido de este "sí" y darás gracias rebosando gozo. Quien no arriesga, tampoco vive.*». Estas palabras encierran el misterio de la vocación a seguir a Jesucristo. El sentido del sí y de esa misión que Jesucristo les encomienda a los suyos: «*Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: -Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.*». Los envía como sus apóstoles y les da el poder de abrir las puertas del cielo. A ellos, a esos hombres frágiles que no saben bien hacia dónde deben caminar. El Espíritu Santo entra en la sala y los capacita para lo que parece imposible, la misión de llevar la paz al mundo. Ellos se convierten en ministros de la paz de Dios. Tienen poder para abrir el cielo a los hombres, para derramar la gracia del perdón, **para ser ellos instrumentos débiles del poder más grande que tiene Dios, el poder de la misericordia.**

La misión de los apóstoles se expresa con viveza en la primera lectura: «*Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado por los muchos prodigios y signos que los apóstoles hacían en Jerusalén. Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes, y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos, alabando a Dios con alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo, y día tras día el Señor iba agregando al grupo los que se iban salvando.*». Hechos de los apóstoles 2, 42-47. Es el don

de una comunidad donde se manifiesta el amor recibido, la alegría de tener a Cristo en el alma y la paz que da el saber que no tenemos nada que perder. Una comunidad ideal en la que las relaciones son la expresión de un amor más grande, de ese amor inmenso de Dios por el hombre. Y es la invitación a vivir ese amor en los hermanos, a vaciar el alma para darnos por entero. Como lo expresa el P. Kentenich: «*Las relaciones gratuitas son así: ofrecimiento sin pago con una confianza sin límite, porque la gratuitidad es así. Es un dar que no sabe lo que ocurrirá y que puede que exija de verdad quedarse un tiempo sin nada*»⁵. Es el riesgo de quedarnos vacíos dando todo lo que tenemos, todo lo que nos llena el corazón. Es esa comunidad que encierra el misterio de la unidad. Cristo nos une, María implora ese espíritu de unidad en la Comunidad naciente. **Es la gracia que pedimos para la Iglesia, para que el poder de la comunión irradie en un mundo tan dividido por el odio.**

El salmo de este domingo es el que hemos rezado cada día de esta Octava de Pascua que hoy culmina: «*Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. Diga la casa de Aarón: eterna es su misericordia. Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia. Empujaban y empujaban para derribarme, pero el Señor me ayudó; el Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación. Escuchad: hay cantos de victoria en las tiendas de los justos. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo.*» Sal 117, 2-4. 13-15. 22-24. Durante 8 días hemos celebrado la gran fiesta del cristiano, la Resurrección que da sentido a nuestra existencia. Durante estos días hemos sido testigos de algunas de las apariciones de Jesús a los que Él tanto quería. No aparece en los Evangelios la aparición a su Madre, pero, como siempre decimos con fe, fue a Ella a quien primero se apareció para compartir la alegría. El salmo refleja el agradecimiento a Dios y la alegría de saber que hoy actúa Cristo, que sigue actuando, que está vivo e interviene en la vida del hombre, que no nos abandona con nuestros miedos y soledades. Hoy la Iglesia celebra el domingo de la Misericordia, porque Dios nuestro Padre nos muestra todo su amor y misericordia y derrama sus gracias sobre nosotros. **Las apariciones de Cristo en su cuerpo glorioso son la señal que nos recuerda cuál es la verdadera vida que estamos llamados a vivir.**

Por último, este domingo nos deja el regalo de la fe probada de Tomás; una fe que ha pasado por la prueba y ha llegado a ser madura y firme. Es la fe del que ha caído y del que ha sabido levantarse con la fuerza de la gracia: «*Contestó Tomás: -¡Señor Mío y Dios mío! Jesús le dijo: -¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.*» Juan 20, 19-31. Es la fe que ha dudado, que no tenía la certeza necesaria para arriesgarlo todo, que no aceptaba sus miedos y debilidades. Es tal vez una fe herida, que una vez consolada por la misericordia de Dios, puede repetir las palabras que hemos escuchado: «*Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, pura, imperecedera, que os está reservada en el cielo. La fuerza de Dios os custodia en la fe para la salvación que aguarda a manifestarse en el momento final. Alegraos de ello, aunque de momento tengáis que sufrir un poco, en pruebas diversas: así la comprobación de vuestra fe -de más precio que el oro, que, aunque perecedero, lo aquilatan a fuego- llegará a ser alabanza y gloria y honor cuando se manifieste Jesucristo. No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis; no lo veis, y creéis en él; y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado, alcanzando así la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación.*» 1 Pedro 1, 3-9. Es una fe que supone un pilar sobre el que construir nuestra vida. Un pilar para nosotros que no vemos, que caminamos en la oscuridad y que tropezamos con frecuencia. **Una fe que imploramos en nuestra vida para poder caminar en la luz y en la misericordia.**

⁵ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, H. King, 32